



## REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Febrero de 1872.

Núm. 16.

### ERROR Y ESPIACION.

#### II.

#### *Confidencias de amigos.*

—Te decía, querido marqués, dijo Mendoza cuando se encontraron solos, que eres muy incauto para tratar con la generalidad de los que concurren á la corte de Felipe IV. No conoces bien el terreno que pisas y vas á dar un traspíe el día menos pensado. Yo que he hecho un estudio detenido de los principales que hoy figuran en primera línea, puedo asegurarte que es muy difícil que ni aun valiéndose del incentivo de una muger, me arranquen á mí un secreto que tenga la convicción que ha de causar perjuicio á alguien. Hoy has caído en la red, y has declarado tus ocultas relaciones con Doña Blanca, que Osorio deseaba saber de una manera positiva. Por mas que he hecho no me has comprendido, y has hablado mas de lo que convenia. Por eso no he querido yo que te veas con Osorio sin advertirte antes lo que sabes.

—Agradézcote Mendoza tu celosa amistad, tus consejos y prevenciones, pero si obro así es para que me crean un imbécil como ellos, para mejor poder hacer mi negocio. No desconozco á Osorio ni á ninguno de los que

como él viven de la intriga y del espionaje, pero Osorio no sabrá nunca de mí mas que aquello que á mí me convenga no ocultar, y en cambio es muy probable que yo sepa algo de lo que él trama con mi rival.

—¡Ah! no te formes ilusiones, conoces poco la corte, eres demasiado confiado y eso y tu carácter te han de perder. Si hoy te respetan y te adulan es por tu padre. Mañana que este te falte, el mismo que ahora eres tu mas inofensivo amigo será el primero que te venda.

—Al hablar así tú mismo te condenas. Alvaro, yo no quiero creer nunca eso de tí.

—No presumí nunca que tuvieras tan oportuna salida. Yo no puedo envidiarte porque tengo mas que tú, para lo que yo ambiciono. Disfruto posicion en la corte con mi cargo de gentil hombre, y tengo sobradas riquezas para brillar y entregarme á los placeres si estos me sedujeran como á tí.

—Ya lo sé, Mendoza, de todo eso estoy convencido, pero te lo digo nada mas por ver lo que responderias á mi observacion.

—Trabajo inútil el tuyo por que no eres capaz de comprender mi interés y amistad hasta donde llega. Aunque joven tengo algunos años mas que tú, hace ya muchos que vivo en la corte, he amado como tú amas, he creído en la amistad como tú crees, y en toda clase de afectos he tocado desengaños, y siempre desengaños.

Un ugiér entró.

—Un escudero del excelentísimo señor duque del Carpio viene á buscar al señor marqués de parte de su excelencia, dijo.

—Dile que ensignida voy. Adios, Alvaro, esta noche nos veremos aquí y me dirás si debo ó no concurrir á la cita de Osorio. ¿Qué me querrá mi padre?

—Bien, contestó Mendoza acompañándole hasta la puerta, á la noche nos veremos; adios.

El marqués salió y Mendoza quedó solo paseándose por la lujosa pieza que entre las antecámaras y la cámara del rey, era el sitio en donde ordinariamente estaban el gentil hombre y el escudero de servicio.

Hemos estado hablando de dos de los personajes de esta leyenda sin darlos á conocer á los lectores, es decir, sin presentarlos como era debido, y vamos á subsanar esa falta antes de avanzar mas en nuestra narracion.

Don Alvaro de Mendoza era el único vástago de una nobilísima familia, de tan claro linage como pingüe fortuna. Don Alvaro poseía un mayorazgo cuantioso, y como era el verdadero tipo de un noble de la edad media, aunque aferrado á rancias preocupaciones, daba un útil empleo á sus riquezas. Contaba Don Alvaro unos treinta y dos años, y aunque desde los veinte que vivía en la corte desempeñando las funciones de gentil hombre cuando por turno le tocaba, jamás su ambicion le lanzó en el inmenso piélago de palaciegas intrigas, en donde el cobarde acrece su deshonor al adquirir honores y riquezas. D. Alvaro, escepcion del género cortesano, género típico hoy, lo mismo que en el siglo XVII, respira la viciada atmósfera de una corte corrompida sin contaminarse de ella. Ligado por un entrañable afecto con el joven marqués de Lichen se habia propuesto ser su mentor y salvarle de los grandísimos y peligrosos escollos con que tenia que tropezar en su vida palaciega si habia de suceder á su padre algun dia. Por eso le vemos interesarse tanto por el marqués y darle buenos consejos.

El marqués de Lichen era, como ya hemos dicho, el primogénito de Don Luis de Haro duque del Carpio y ministro universal de Felipe IV. Don Luis de Haro, encanecido en los negocios habia cobrado una reputacion envidiable, y por esa fuerza de la costumbre que en su tío Olivares se habia visto tan palpable ejemplo, tenia un cariño desmedido á la cartera que consideraba como una propiedad vinculada en su familia. En ese supuesto, encontrándose viejo y cansado por tantos trabajos como habia soportado sirviendo á las órdenes de su tío, cifraba toda

su esperanza en su hijo, á quien por otra parte idolatraba por ser el único que tenia.

El marqués de Lichen era un hermoso mancebo que contaria unos veinte y cinco años escasos, y hacia uno solamente que vivia en la corte, pues su padre, aunque era hijo único habia querido que aprendiera á ser soldado antes que político, porque comprendia que el que poseyera las dos cualidades era apto ya para gobernar. Con ese objeto envió á su hijo al ejército desde que concluyó sus estudios, que fué á los diez y ocho años, y á las órdenes del marqués de los Velez y de Don Juan de Austria, primero en Cataluña y despues en Portugal, dió el marqués repetidas pruebas de valor, y acreditó conocimientos que le pusieron en aptitud para obtener el empleo de coronel de la guardia española que acababa de concederle el rey. Por lo demas, el marqués era franco, leal, entusiasta, enamorado y galan como á su edad habia sido el mismo rey. Amaba y era correspondido de D.<sup>a</sup> Blanca de Sandoval hermana de Don Luis, escudero mayor del rey, y ambos sobrinos del cardenal canceller mayor de Castilla.

Estos amores que en un principio tuvieron la oposicion del hermano de D.<sup>a</sup> Blanca, que era tambien su tutor, caminaban á un próspero desenlace merced á lo que veremos despues. Mediaba una circunstancia que anublaba algun tanto la dicha del marqués, que era celoso como un turco y esclusivista como un pirata. Don Diego de Luna, primogénito del conde de Fuentes, habia pretendido á D.<sup>a</sup> Blanca, y aunque en vano habia rogado y suplicado compasion, la joven fué insensible á las amorosas instancias de Don Diego. Desde entonces declaró el desairado caballero la mas encarnizada guerra á la insensible dama y á su favorecido rival.

Circulaba en la corte el rumor de que la oposicion de Don Luis á la union de su hermana con el marqués, era obra de Don Diego, y que el antagonismo que repentinamente se habia suscitado en los Haro y los Sandoval era tambien producto de las maquinaciones de venganza del de Luna.

Pero la situación en que van colocándose nuestros personajes, nos dá lugar á que descorramos el velo para uno de los tres misterios que habian escitado la atencion de Don Juan de Osorio.

### III. Una transaccion.

En el consejo que se habia celebrado aquella mañana bajo la presidencia del rey,

llamó la atención de este el que Don Luis de Haro y el cardenal no se hicieron la oposición mutuamente como en otras ocasiones, antes por el contrario cardenal y ministro fueron del mismo parecer en los diversos asuntos que se trataron en el consejo.

—Así me gusta, dijo el rey, que mis leales consejeros marchen acordes en todo: ¿Supongo que habrán terminado vuestras diferencias?

—El mejor servicio de mi rey y el bien del Estado, han sido las únicas causas que me han hecho disentir de la opinión del ministro en algunas ocasiones, dijo el cardenal.

—Otro motivo mas para que el rey os quede agradecido.

—Por mi parte, añadió Don Luis, admito de muy buena gana las observaciones del señor cardenal, aunque sean opuestas á mi opinión, y por eso no le guardo rencor.

—Bien haceis, Don Luis os aplaudo ese proceder. Señores el consejo ha terminado, dijo el rey levantándose.

Los consejeros le imitaron, y saludando al monarca se fueron cada cual por su lado.

Don Luis y el cardenal salieron juntos de palacio. En la puerta al ir á tomar sus respectivas carrozas dijo el cardenal.

—¿Os parece bien, señor duque, que marchemos juntos á vuestra casa ó la mía, á acabar de arreglar ese asunto de familia de que hablamos esta mañana?

—Con muchísimo gusto, señor cardenal, no deseo otra cosa. Mi coche es bastante cómodo para los dos; despedid el vuestro y contad como tal el mío.

El cardenal despidió efectivamente su carroza y entró en la de Don Luis, que tomó la dirección de su casa.

El ministro de Felipe IV vivía en un gran palacio á un extremo de la calle de Fuen-carral, que se levantaba magestuoso no lejos del que ahora recientemente se ha construido para el Tribunal de Cuentas del Reino.

Cuando llegaron á él, D. Luis condujo al cardenal á su despacho y le invitó á que descansara en el blasonado sillón que habitualmente ocupaba el duque del Carpio.

—Os decia, señor cardenal, empezó don Luis, que no deseo mas que estrechar nuestras relaciones políticas con los lazos que unen la familia. Mi hijo ama locamente, ó mejor dicho, con la vehemencia de los juveniles años, á vuestra sobrina doña Blanca. ¿Qué os parecería la union de esa pareja tan dignos una de otro?

—Llenaria por completo mis aspiraciones si en ella estibara la felicidad de mi sobrina, que es el único móvil que me inspira, pero...

—Continuad.

—Vuestra susceptibilidad de padre no se ofenderá de mi franqueza?

—La verdad no ha lastimado nunca á ningun Haro.

—Es que...

—Basta de reticencias señor Cardenal, podeis con libertad formular vuestra opinión sobre mi hijo.

—Pues bien, juzgo al marqués un tanto veleidoso y azás enamorado.

—¿Qué pruebas teneis para ello?

—Por mi parte ninguna; porque ya sabeis que no me curo de la que tanto abunda en la corte, es decir, de intrigas de amor, pero he oído á mi sobrino muchas pláticas con su esposa sobre no sé que relaciones amorosas que el marqués ha tenido con una dama de la reina, con doña Inés de Olmedo, y las cuales ha cortado vuestro hijo, si hemos de dar ascenso al decir de las gentes, de una manera poco noble.

—Siento señor cardenal, que no estais bien al corriente de ese asunto, y aunque tenga que contrariaros os diré que mi hijo rompió esas relaciones porque no era muy conforme el proceder de doña Inés, que aun siendo viuda de un caballero de noble cuna y pingües rentas, no es lo que debiera ser á quien tan ilustre blason ostenta.

—De modo que vos suponéis...

—No supongo, lo sé perfectamente: doña Inés es tan ambiciosa como poco amante de su recato. Y no digo mas.

—Ignoraba todo eso, nunca pude sospecharlo.

—De modo que os dareis por satisfecho con las esplicaciones que os he dado.

—Sí, pero...

—Basta ya, cardenal, aborad de frente la cuestion y no vengais con rodeos.

—¿Cómo, D. Luis, podeis creer que...?

—Creo que la cuestion capital no está ni en lo que sea mi hijo, ni en que vuestra sobrina le ame. La cuestion está en...

—¿Sabeis si Blanca le ama? dijo el cardenal rehuendo la cuestion.

—Tengo bastante experiencia, muchos años de cortesano y muchas mujeres tratadas. Vuestra sobrina ama á mi hijo.

—¿No podriais equivocaros?

—No me equivoco en eso, como tampoco me equivoco al decirlos que lo que vos que-  
reis no es que estipulemos un contrato matrimonial entre vuestra sobrina y mi hijo,

sino que convengamos en una transaccion entre nosotros.

El cardenal estaba un poco pálido. Don Luis prosiguió.

—Por ejemplo, señor cardenal, vos que ambicionais, perdonadme la franqueza, el cargo de ministro que yo disfruto, habeis trabajado para quitarme la cartera cuanto puede trabajar un hombre noble, recto y de conciencia como sois vos, y convencido al fin de que todas vuestras tentativas para dicho objeto han de ser infructuosas, que-reis, deseais, que haya entre nosotros una mútua avencencia. ¿No es este vuestro pensamiento?

—Confieso, D. Luis, que vuestra penetracion es tan grande como vuestro talento. Yo no ambiciono ser ministro, pero sí desearia que mi sobrino pudiera algun dia....

—Serlo, ¿no es verdad?

—No queria decir yo tanto, servir á su pais como vos le servis.

—Pésame en el alma, señor cardenal, que no seais franco conmigo, y que me demostréis una reserva que podria hacerme dudar de vuestra buena fé.

—Ignoro por qué decís eso, D. Luis.

—Porque yo leo en vuestro pensamiento. La cartera la quereis para vos, porque deseais que en ella os suceda vuestro sobrino, como yo deseo que me suceda mi hijo.

—¿Y qué habria en ello que os asombrara si así fuese?

—Nada, sino que yo que hoy cuento con mayor prestigio que vos, no he de ir á despojarme de él para que el cardenal Sandoval y su sobrino puedan tomar su revancha.

—Lo que quiere decir que....

—Que si no tratamos desembarazadamente el asunto, no haremos nada.

—Pues bien, D. Luis, habeis definido perfectamente nuestra respectiva situacion. ¿No quereis que seamos amigos?

—Será para mí una honra y un placer inmenso.

—Abundando en vuestro deseo, os preguntaré: ¿transigimos?

—Siempre he sido amigo de las soluciones pacíficas.

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## LA ESPOSA DE FARFAN.

### TRADICION.

(Continuacion.)

#### V.

Ya los torrentes de lumbre

Que el sol aurífero brota

Inundan la alegre tierra,

Sepultan las negras sombras,

Y con sus vívidos rayos

Los montes y cerros doran

Que circundan á Antequera

Como perpétuas custodias.

Y alumbran el campamento

Donde la Cruz redentora

Y las armas de Castilla

En anchas banderas flotan.

Y á millares de soldados,

Que, con diligencia pronta,

Al brillar el nuevo dia

El duro lecho abandonan,

Y de la muerte del sueño

Gozosos, risueños tornan

A la vida de trabajos,

De peligros y victorias.

Ya los nobles capitanes

Pasan revista á sus tropas,

Cuyas limpias armaduras

Destellos de luz arrojan.

Y el valor y el ardimiento

De las almas generosas

Refleja en las altas frentes,

Que halagan sueños de gloria.

Mas ¡ah! que de pronto cubre

Esas frentes una sombra,

Y frases de descontento

Murmuran las lenguas todas.

Y se esparcen los soldados;

Buscan con ansia afanosa

Do quier á los centinelas,

Que cien veces interrogan,

Y haciendo esplosion la ira

Que en su corazón rebosa,

Quién maldice á los cobardes,

Quién libre á sus anchas vota;

Es que la torpe mancilla,

La desercion vergonzosa  
De Farfan y de los suyos,  
En aquel punto se nota.  
Esta noticia, que al cabo  
Cual adversa es voladora,  
Llega al inclito regente,  
Su justa saña provoca.  
Y mientras su heróico pecho  
El hondo pesar devora,  
Y por castigar la fuga  
Cien y cien proyectos forma,  
Le avisan que un caballero  
Solicita sin demora  
Llegar hasta su presencia,  
Y hablarle un momento á solas.  
—Que pase ese caballero  
Y dejadme por ahora,  
Dice: y queda unos momentos  
Solo en su tienda espaciosa.  
Luego aparece un guerrero  
Que ciñe brillante cota,  
Con talle esbelto, gallardo,  
Presencia gentil, airosa.  
Cortés saluda al Infante,  
Y la visera que roba  
A las miradas el rostro,  
Levanta con su manopla,  
Y muestra una faz, un cielo,  
Que un carmin leve arrebola,  
Con dos soles que sombrean  
Pestañas largas, sedosas.  
Tiene por cejas, el arco  
Con que sus flechas traidoras  
Dispara el alado niño;  
Clayel con perlas, por boca.  
El alma del noble Infante  
Confusa, pasmada, absorta  
Mira la faz del guerrero,  
Y ambos luego asi razonan:  
—Quién sois?  
—Señor una dama  
De limpia sangre española.  
—Bien lo indica vuestro rostro,  
Vuestra belleza pasmosa.  
Mas este traje... esas armas...  
—Esto nuestra que de gloria  
Tiene sed mi ardiente pecho,  
Que de nobleza blasona.

—¡Ah! decidme vuestro nombre!

—Leonor de Padilla, esposa

De Luis Farfan.

—¡Del cobardel

Os compadezco, señora.

—Señor, ruego vuestra alteza

Que por su bondad notoria

De prestarme atento oído

Me haga la merced honrosa.

—Doña Leonor ya os escucho.

—Aun alumbraba la antorchas

Por el amor encendida

Que iluminara mi boda,

Cuando entre roncós tambores

La voz de «Guerra á Mahoma»

Voz que aun retumba en mi pecho,

Se alzó en Castilla imperiosa.

A esta voz, aunque me amaba

Con ansia y ternura loca

Arrancóse de mis brazos

Farfan, voló sin demora.

Yo sé que entonces formaba

Mil empresas generosas,

Y que halagaba sus sueños

El aliento de la honra.

Mas ¡ah! su amor en la ausencia

Tomó colosales formas,

Y con su fuerza gigante

Vencióle en lucha penosa.

Y ya la razon perdida

No vió la luz de la gloria,

Y eran su mundo y su cielo

El corazón de su esposa.

Y así, menguado y demente,

Mas sin intencion traidora,

Huyó con los descontentos

Amparado de las sombras.

Mas yo que me dirigia

Con una lucida tropa

De jóvenes de Toledo,

A esta conquista gloriosa,

Los hallé por nuestra dicha;

Que de su accion afrentosa

Hice que se avergonzasen,

Y habló en sus pechos la honra.

Para este cambio dichoso

Bastaron palabras pocas;

Que el que es débil, no malvado,

Pronto á la virtud retorna.  
 Y ahora, todos la clemencia  
 Y vuestro perdon imploran;  
 Perdon, que por vos hablando,  
 Osó prometer mi boca.  
 Que si de Dios la justicia  
 Al convertido perdona,  
 La de un príncipe en la tierra  
 No ha de ser más rigorosa.  
 Ved qué si la sangre lava  
 Lo que mancilló la honra,  
 Ellos verterán la suya  
 Hasta la postrera gota.»

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

(Se continuará.)

## UN DIA DE OCIOS

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

### MEDITACIONES.

(Conclusion.)

TELEGRAFO.— Esta palabra, de aquí en adelante irá indisolublemente enlazada en mi memoria con el recuerdo de un capitán de marina.

Hace ya tiempo de esto, pues aun habitaba yo el puerto mayor de mi provincia que la envuelve como el navío al áncora, en las profundas y verdosas olas del Occéano.

Seguíamos juntos el capitán á que me refiero, y yo, los malecones salpicados de cañones sin cureña, de verjas sin lienzos, y de áncoras gigantescas. Mis ojos vagaban sobre aquella rada en donde flotaban barcas desarboladas, cubiertas con techos rojiizos; de fragatas de altos mástiles, de corbetas drapeadas, de velas á medio desplegar, de ágiles briques que rozaban la mar con sus negras baterías, y escuchando las confidencias del capitán con distraída atención.

Me hablaba de sus ambiciosas esperanzas, cuya realización esperaba de un momento á otro, porque un amigo le había significado su nombramiento de comandante, cuya no-

ticia no debía tardar en anunciar el telégrafo.

Desde hacia tres dias erraba por el puerto en espera de la bienhechora señal, pero una espesa niebla velaba el horizonte, y los brazos del aéreo mensajero permanecian inmóviles.

De pronto mi compañero dió un grito.

Una luminosa luz vino á abrir el cielo, y el telégrafo hizo un movimiento. Sus blancas y negras antenas se movian lentamente, restableciendo las comunicaciones.

El ascenso del capitán atravesaba los espacios. Este se lanzó apresuradamente á la prefectura con la lijereza de un guardia marina que acaba de vestir los cordones.

Quise acompañarle, pero bien pronto fui dejado atrás, apenas ni mis ojos podian seguirle al través de los dédalos que ofrece el puerto. Cuando llegó á franquear la verja un viejo y estropeado marinero, cerca del que nunca pasaba sin darle limosna, se adelantó tendiéndole su sombrero de hule, pero el capitán no le vió. Un poco mas lejos el surtidor de una bomba que estaban ensayando, habia encharcado el piso, pero él corrió á través de aquella mar fangosa, sin reparar que el barro manchaba su uniforme.

Sus miradas no se apartaban del telégrafo, cuyos mágicos movimientos le fascinaba.

En el momento que fué á atravesar la calle mayor chocó con un puesto de loza; al estrépito de la rota vagilla que rodaba por el empedrado, el mercader salió gritando, el capitán sin detenerse le dió su nombre y añadiéndole le pagaría el estrago, volvió con rapidez la encrucijada desapareciendo.

No pude reunirme con él hasta un cuarto de hora despues, en el momento que salia de las oficinas de la prefectura jadeante y desanimado.

El despacho telegráfico que se habia transmitido, se reducia á ordenar un envio de forraje á la Argelia.

El telégrafo, cuyos movimientos precipitaron los pasos del capitán, no se asimilan bien á las engañosas promesas que atraen de lejos á los ávidos y ambiciosos.

Estos tambien no corren hácia el término de sus deseos, sin escuchar la voz de la compasion, sin inquietarles el mancharse, y rompiendo á su paso cuanto les sirve de obstáculo para no encontrar la mayoría de las veces al término de sus jornadas mas que decepciones ó desprecios.

¡Oh! si la leccion es perdida para la ma-

por parte de los hombres, procuraré que no lo sea para mí. Y si los telégrafos de la vanidad, de la avaricia, de la insensibilidad, ó de la ambicion, se agitasen llamándome, continuaré mi camino á igual paso.

Sus signos no me harán olvidar ni al desvalido que me implore, ni correr á la corrupcion ó la ruina, aunque sí volveré mis ojos á esos engañosos horizontes para contemplarme á mí mismo, esforzándome así á marchar entre dos seguras compañías: la moderacion y la paciencia, escuchando á cada segundo sus consejos, aceptando sus consolaciones, y compadeciendo en mi interior á los imprudentes que se lanzan en pos de sus sueños sin querer mirar á sus pies.

ELENA CERRADA.

## LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

—Ninguna como yo. Los botánicos me han hecho tomar plaza en la familia de las *Araliaceas*, y mi nombre científico es el de *Hedera*. Trepo á lo largo de las tapias y de las rocas, ciño los troncos de los árboles con mis brazos, y resguardo del primer peligro al que cubro con mis verdes hojas. Produzco goma con la que se componen barnices que se emplean en la pintura. Con mis hojas se hacen coronas para premiar el talento y para ornar las cabezas de los poetas. En Egipto me han consagrado á Osiris, y en Grecia á Baco. La arquitectura me admite para representar el follage en los artesonados y cielos rasos, y los romanos adornan las copas en que escancian sus ricos vinos de Falerno y Siracusa.

—Todo eso no supone nada en comparacion de mis dones, contestó Zarza. Yo pertenezco á la familia mas noble, mas distinguida del reino vegetal: á las *Rosaceas*. Mi nombre técnico es *Rubus*, y bien puedo pasar por representante del pudor y de la inocencia. Cinco son mis especies mas interesantes, y lo mismo me aclimato en el viejo que en el nuevo continente. Doy el fruto llamado *mora silvestre*, del que puede hacerse vino, aguardiente, jarabe y confituras. Mis hojas sirven para ciertos tintes en combinacion con el alumbre, con el sulfato de hierro, con la sal de estaño y con otros. En la química se emplea mi zumo como reactivo, y hasta considerada como planta

muerta, sirvo para calentar los hornos y para formar cercas espinosas.

—Vosotras que blasonais de tanto no podeis admitir comparacion conmigo, dijo la Balsamina. Yo soy el segundo género de la familia *Balsamíneas* que solo consta de dos. Mi nombre es el de *Impatiens*, y mis cualidades á parte de servir con mi zumo para el tinte, es la de poderse preparar con mis cápsulas un aceite medicinal que produce admirables efectos para la curacion de todas las heridas que tengan carácter gangrenoso. Por lo demás resignada vivo con mi suerte y ni me quejo ni me enorgullezco por lo que soy ni por el bien que puedo dispensar.»

—Despues de esto, continuó Jadhíel, se estiende el autor en profundas y filosóficas consideraciones acerca del destino de la muger en la tierra comparado con el de sus hermanas las flores.

No puedo, querido baron, espresaros hasta qué punto de verdad llega la filosofia del autor persa, ni seguir relatándoos, siquiera sea suscintamente, la exactitud de los símiles que emplea, la brillantez del colorido que dá á sus descripciones, la sublimidad de imágenes poéticas y el admirable conjunto de razonamientos psicológicos de que está nutrido el poema. Será un sueño, será un delirio, pero esas lecciones de una moralidad que pertenece á la escuela del idealismo, quedan indeleblemente grabadas en la memoria del que las profundiza un poco.

—Teneis razon, vuestra sencilla parábola deberia relatarse en todas partes donde haya mugeres de talento. No dudo que la comprenderian, y de mucho les sirviera en su vida social si con frecuencia la recordasen.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## ¡POBRE NIÑA!

En el fondo de los mares  
Se ven las nubes del cielo,  
Y en los mares y en las nubes  
Se ven profundos misterios.  
Llorando una pobre niña  
Mira al furioso elemento,  
Las olas van á la playa  
Y á sus pies llegan gimiendo,  
Las lágrimas de la niña  
Van anidarse en su seno,  
Y como son tan amargas  
Hasta la mar dan tormento.

¿Por qué lloras, niña hermosa?

Dice el mar sañudo y fiero.

«Lloro, porque te llevaste

A mi amor lejos, muy lejos;

Me dijo que volvería

Y él inconstante no ha vuelto.

Devuélveme á mi querido,

A mi idolatrado dueño,

Si te faltan tempestades

Te daré las de mi pecho,

Mas dile, dile que venga

Que yo me muero, me muero.

VÍCTOR IRANZO Y SIMON.

## RECUERDOS DE GLORIA.

### III.

## LA BATALLA DE TETUAN.

(Dia 4 de Febrero de 1860).

Grandes figuras se destacan en el nebuloso cuadro de nuestro pasado, y aunque la oscuridad de las tumbas reina solo en el campo de los que no existen, los destellos de su inmarcesible gloria iluminan el vasto panorama de sus preclaros hechos.

Hoy es dia de consagrar un recuerdo á una de las mas gloriosas efemérides de nuestra historia contemporánea. La España del siglo XIX, no menos briosa y pujante que la del siglo XVII cuando se tratan cuestiones de honra nacional, clavó sus triunfantes pendones en los alminares de la morisca Tetuan. El cardenal Jiménez de Cisneros y D. Leopoldo O'Donnell, el uno en Orán y en Tetuan el otro, dejaron en el suelo africano memoria imperecedera del nombre español, asombro y envidia de otras naciones.

Al llenar hoy este deber necesitamos narrar, siquiera sea sucintamente, aquellos acontecimientos que hicieron de sus actores otros tantos héroes.

El 1.º de Enero el general Prim ganó la batalla de los Castillejos, que fué como el prólogo de la que debía poner término á la guerra. El 10 y 12 sucedense nuevos combates victoriosos en el río Capitanes. El 14, el general en jefe tomó posiciones para pasar con el ejército las cordilleras del Cabo Negro, teniendo que sostener continuos combates y escaramuzas para proteger el desembarque en el rio de Tetuan de la division del general Ríos, lo que verificó el dia 16, apoderándose enseguida del fuerte Martin, que estaba bien pertrechado y artillado con diez piezas de grueso calibre. Al dia siguiente el grueso del ejército acampó en las márgenes del Guad-el-Jelú, teniendo que estar continuamente en fuego para de-

fender aquella posicion las divisiones de Ríos y García, y la brigada de Villate, conde de Balmaseda.

Recobrados los moros de sus continuas derrotas con grandes refuerzos de caballería que recibieron y la llegada del príncipe Sidi-Hamet, hermano del emperador, presentaron formal batalla el dia 29, en la que fueron batidos por las divisiones Ríos y Prim y por la caballería que mandaba el general Galiano. No escarmentados con eso, continuaron hostilizando á los bravos soldados españoles, que ardian en deseos de batirse nuevamente. Lográronlo al fin el dia 4 de Febrero, en que se libró la gloriosa batalla de Tetuan, fruto de la cual fué la completa derrota de los moros y la toma de sus dos campos atrincherados con inmenso botin de guerra. Coronó la victoria la rendicion de la ciudad, de la que dos dias despues tomó posesion la division de Ríos. El entusiasmo que tales triunfos produjeron en nuestro pais es indescriptible. La nacion en masa se entregó á las mas calurosas manifestaciones de júbilo. El general O'Donnell fué nombrado duque de Tetuan, título que perpetuará entre los buenos españoles un recuerdo de legítima gloria. Hoy que sus cenizas están depositadas en la basilica de Atocha en suntuoso mausoleo, su nombre esclarecido debe ser saludado por los que en su pecho sienten latir un corazon honrado y lealmente español. F.

## MOVIMIENTO LITERARIO.

El apreciable colaborador y amigo nuestro D. Víctor Iranzo y Simon ha dado á la estampa sus mas escogidas composiciones poéticas, coleccionadas con el título de: *Flores sin aroma*. La escesa modestia del autor, al juzgar sus obras de escaso mérito, formando de ellas un ramillete inodoro, decidió que su libro no se espusiera á la venta pública y fuera solo un obsequio que se proponia hacer á sus amigos. Ello nos priva de examinar y detallar el contenido de su obra, una vez que de la misma no ha de tener participacion el público. De todos modos, consignamos nuestra aprobacion á las poesías del Sr. Iranzo, y auguramos al poeta el aplauso de las personas inteligentes que recorran las páginas de *Flores sin aroma*, lo que hemos hecho nosotros experimentando un placer con su lectura.

X.

Valencia: Imp. á cargo de R. Ortega, Cocinas, 1.